Nicole Jordan

Amantes legendarios

UN AMOR PROHIBIDO

esencia

Amantes legendarios. Un amor prohibido

Nicole Jordan

Esencia/Planeta

1

Londres, junio de 1816

Para su disgusto, la belleza de la joven poseía un encanto especial.

Lord Jack Wilde maldijo para sus adentros con aire divertido y estudió a su presa desde el otro extremo de ese jardín tan poco iluminado. A pesar de su buen juicio y de su instinto de supervivencia, había caído de cuatro patas en la trampa casamentera que le habían tendido las muchachas de su familia. Su intención era inspeccionar a la joven en cuestión y luego marcharse sin mirar atrás, pero Sophie Fortin había captado todo su interés.

Jack dejó escapar un lento suspiro mientras observaba cómo la cautivadora señorita ejecutaba los alegres pasos de una contradanza. En seguida se dio cuenta de que tras la belleza de la joven se adivinaba una considerable dosis de peligro. Tenía una sonrisa encantadora, una elegancia intensamente femenina y un cuerpo exquisito que ponía en jaque sus primitivos instintos masculinos.

La deseaba, de eso no tenía ninguna duda. Pero lo peor era que sentía la sorprendente necesidad de saber más cosas sobre ella.

Poniendo freno a sus lujuriosos pensamientos, valoró sus opciones mientras recordaba la ardiente predicción de su prima Skye:

—La señorita Fortin no es ninguna buscona, Jack. Y te prometo que tampoco es una de esas solteronas bobas que tanto

abundan, ya tendrás ocasión de descubrirlo por ti mismo si alguna vez te dignas a conocerla. Te aseguro que esa chica te gustará mucho.

Aún no había intentado que alguien se la presentara, ni siquiera se había acercado a ella. De hecho era normal, ya que, debido al antiguo enfrentamiento que existía entre sus familias, había tenido que emplear toda clase de tretas para colarse esa noche en el baile de máscaras de la tía abuela de Sophie Fortin.

Internarse en las líneas enemigas a escondidas y disfrazado parecía una forma un tanto cobarde de investigar a una posible pareja. Y, sin embargo, allí estaba, vestido de intrépido pirata y contemplando un camino que podía poner en grave peligro su soltería.

Era evidente que padecía algún tipo de demencia. O que había sido víctima de un embrujo.

Sin duda, el escenario en el que se encontraba era más propio de un hechizo. Para la velada habían convertido los jardines de esa residencia de Londres en un salón de baile al aire libre salpicado de faroles de colores, lo que le proporcionaba al conjunto una iluminación tenue. Y era innegable que Sophie Fortin destacaba entre la multitud de bailarines disfrazados como un diamante entre el carbón.

Jack era incapaz de quitarle los ojos de encima, y no se le escapaba ni el menor de los detalles; aquella chica parecía estar llena de contradicciones.

Lucía una diadema y un vaporoso vestido de princesa pero, sin embargo, su elegancia y su atractivo poco tenían que ver con su vestimenta. Su melena era castaña oscura, de un tono poco común, pero los brillantes bucles de su pelo, dispuestos con gracia, parecían tener vida propia. El antifaz le ocultaba los ojos, aunque no escondía la delicadeza de su rostro ni la sensualidad de sus labios.

La señorita Fortin era muy atractiva; no tenía nada que ver con la joven distante que él había esperado encontrar. Al contrario, la chica desprendía vitalidad y energía.

Además, atesoraba una generosa y amable sonrisa.

Él no había pensado ni por un momento que descubriría en ella tanta intensidad, y mucho menos amabilidad o calidez. Por lo que sabía de esa joven, había esperado encontrarse o bien con una sumisa, o bien con una ambiciosa trepadora social. ¿Por qué otro motivo iba a permitir que, a cambio de un ducado, la vendieran a un viudo que le doblaba la edad?

Al observarla, Jack se preguntó cómo podía haberla pasado por alto entre el insípido plantel de debutantes de aquella Temporada. ¿Y por qué diablos tenía ese efecto tan poderoso sobre sus sentidos? Él ya había conocido a muchas bellezas arrebatadoras, y se había acostado con bastantes de ellas. Era raro que una mujer pudiera atraerlo con tanta intensidad a primera vista, y aún más cuando se trataba de una jovencita que acababa de dejar atrás sus años de colegiala.

Y lo que tenía muy claro era que él no estaba en el mercado buscando una esposa. Pero había accedido, bajo coacción, a provocar un encuentro con la señorita Fortin.

Sólo podía culpar de aquella situación a la tenacidad de su hermana adoptiva, Katharine, y a su prima pequeña, Skye. Jack estaba convencido de que las maquinaciones románticas de Kate conseguirían poner en un aprieto al mismísimo Napoleón Bonaparte. La campaña para casarlo había comenzado a principios de aquella misma semana, a la mañana siguiente de la boda de su hermano Ashton, un enlace que, por cierto, también había organizado ella.

Cuando Kate era más joven, la familia siempre había acogido sus maquinaciones con burlas y buen humor. Pero su última fantasía resultaba completamente absurda. La teoría de Kate era que

los cinco primos Wilde —Ashton, Quinn, Jack, Skye y ella misma— podían encontrar el amor verdadero emulando a los amantes legendarios de la historia.

En contra de todas las expectativas, Ash se acababa de enamorar de su cenicienta: la señorita Maura Collyer de Suffolk. La supuesta leyenda de Jack no era un cuento de hadas, sino una de las tragedias más famosas de Shakespeare: *Romeo y Julieta*. En esa historia, él interpretaría el papel de Romeo, y la señorita Fortin sería su Julieta.

—¿Has perdido la cabeza, Kate? —fue su primera reacción después de la sonora carcajada—. No puedes esperar que interprete el papel de un héroe patético que acaba muriendo.

Jack no tenía mucha fe en la firme convicción de su hermana por el destino romántico, y a pesar de que siempre estaba preparado para un nuevo reto, se había negado rotundamente a conocer a la señorita Fortin.

En consecuencia, Kate y Skye se habían dedicado a ensalzar las virtudes de la joven para captar su interés.

—Sophie Fortin derrocha belleza —había declarado Kate.

—Es inteligente y amable —había añadido Skye.

—No es culpa suya que sus padres estén decididos a casarla a cambio de un título —había repetido su hermana por enésima vez.

La burlona actitud de Jack había permanecido inalterable. La chica de los Fortin tenía que ser una tímida ratoncita si estaba dispuesta a dejarse casar con un noble que era mucho mayor que ella y que ya había enterrado a una esposa.

—Aún no hay ningún compromiso oficial —había contrarrestado Skye—. Jack, tienes que actuar ahora y rescatar a la señorita Fortin de una existencia sin amor antes de que sea demasiado tarde. Cuando esté prometida oficialmente con el duque, ya no podrá enamorarse de ti con honestidad.

—Su honor, o la falta de él, no es de mi incumbencia —había respondido Jack, impasible.

—Sólo prométenos que aceptarás conocerla —le había suplicado Kate.

Había conseguido mantenerse firme hasta hacía dos días, cuando Skye le había acorralado en el momento en que se disponía a partir de casa al rayar el alba. Llegaba tarde a una carrera de carruajes y el exceso de brandy de la noche anterior le había dejado un molesto dolor de cabeza.

Skye, ignorando sus continuos intentos por deshacerse de ella, se había negado a marcharse hasta que consiguió sonsacarle la promesa de que conocería a la señorita Fortin.

—Ya sabes que no me rendiré, Jack —le había dicho con dulzura—. Es mejor que claudiques.

Y al final, consciente de que las chicas no dejarían de acosarlo sin descanso, y por el bien de su propia paz y supervivencia, había acabado aceptando.

El baile de máscaras le había parecido la oportunidad perfecta para su investigación, porque podría servirse del anonimato para acercarse a la señorita Fortin y juzgarla por sí mismo. No estaba permitido quitarse las máscaras hasta pasada la medianoche, pero para entonces ya se habría marchado.

Había acudido aquella noche a la fiesta con el único objetivo de demostrar lo absurda que era la teoría de Kate, pero la belleza de la joven y, en particular, su encantadora sonrisa habían desbaratado todo su plan. Aquella chica desprendía un brillo que había cautivado y atraído a Jack en contra de sus deseos.

Por lo menos, ahora comprendía el motivo por el que un duque rico y viudo se había quedado tan prendado como para proponerle matrimonio a una plebeya mucho más joven que él y completamente desprovista de fortuna.

Jack se había dado cuenta en seguida de que su piel era una perfecta capa de marfil y de que tenía unos labios carnosos y maduros. Disfrutaría mucho besándolos; a decir verdad, disfrutaría mucho intercambiando algo más que besos con la señorita Fortin.

Por un momento, dejó volar su imaginación. No le costó fantasear con los placeres que encontraría en su cama, sintiéndola debajo de su cuerpo y fusionándose con ella apremiado por la intensidad de la pasión...

Pero ¿matrimonio? Jack reprimió un estremecimiento. Ni hablar.

La idea de que Sophie Fortin, o cualquier otra mujer, pudiera ser su potencial alma gemela era absurda. No tenía ninguna intención de dejarse atrapar por un cortejo y, menos aún, por el matrimonio. Y, sin embargo, ella era demasiado tentadora como para resistirse a la persecución.

El baile acabó en ese preciso instante, y el acompañante de la señorita Fortin hizo una reverencia y se alejó de ella. Cuando se quedó sola, miró hacia atrás por encima del hombro y vio a Jack observándola desde un extremo de los jardines.

Estuvo contemplándolo un buen rato y luego, en lugar de darse media vuelta, avergonzada, lo sorprendió acercándose a él de repente.

Cuando llegó ante Jack se quedó mirando su máscara fijamente, como tratando de verle los ojos.

—¿Lo conozco de algo, señor? Yo misma escribí las invitaciones para mi tía Eunice, y no recuerdo que hubiera nadie en la lista de invitados que encaje con usted.

A pesar de que su disfraz de pirata no podía esconder su altura ni su constitución atlética, Jack estaba convencido de que su identidad estaba a salvo, porque la máscara que llevaba le ocultaba

la mayor parte del rostro, y el pañuelo de la cabeza le tapaba casi todo el pelo negro.

—No, aún no nos conocemos, señorita Fortin —contestó él, complacido por su sinceridad. Eso de enfrentarse a un desconocido con valentía era algo que sólo haría una mujer de su familia.

—Entonces ¿sería tan amable de explicarme por qué lleva observándome más de veinte minutos?

Tal osadía lo impresionó, pero Jack eludió la pregunta con su habitual y sencillo encanto.

—¿Acaso es inaceptable que un hombre disfrute observando a una preciosa joven?

En respuesta a su cumplido, ella dejó escapar una leve y escéptica carcajada y agachó la cabeza para mirar el sable que él llevaba anudado a la cintura.

—¿Estoy en peligro? Se dice que los piratas se apropian de rehenes para pedir rescates y secuestran a jovencitas para satisfacer sus traviesos propósitos.

—Si no me falla la memoria, creo que no he abusado de ninguna jovencita desde el pasado martes.

Jack disfrutó mucho al ver cómo ella esbozaba otra de sus encantadoras sonrisas, pero la aparición de su inverosímil pretendiente, el duque de Dunmore, acalló la posible réplica de la joven.

—Ah, estás aquí, querida —dijo Dunmore con tono cariñoso—. Has prometido bailar conmigo la siguiente pieza, ¿recuerdas?

Jack observó que el pretendiente de la joven era ciertamente atractivo, pero el pelo le empezaba a clarear, y no podía ocultar el tono gris que avanzaba desde las sienes. El duque ya había pasado de los cuarenta, y aunque era un hombre más alto que la mayoría, una incipiente barriga estropeaba su porte aristocrático.

La señorita Fortin vaciló un momento, pero al fin acabó respondiendo con una elegante sonrisa:

—Sí, claro que lo recuerdo, excelencia.

Al ver la fascinante sonrisa que le dedicó al noble, Jack sintió una inexplicable punzada de celos, algo absurdo, ya que no tenía ningún derecho a reclamar el afecto de la señorita Fortin.

El duque también debió de sentir el escozor de los celos, porque le lanzó una intensa mirada a Jack antes de ofrecerle el brazo a Sophie.

—¿Quién es ese pirata? —preguntó Dunmore mientras se la llevaba.

—No estoy segura —oyó Jack que respondía ella mientras ocupaban sus posiciones en la pista de baile tapizada de hierba.

Cuando empezaron a sonar las primeras notas de un vals, Jack los observó un tanto desconcertado mientras se preguntaba lo que vería la señorita Fortin en ese hombre, aparte de su ilustre título y su fortuna.

Tampoco hacían una buena pareja de baile, porque Dunmore tenía graves problemas de coordinación y no dejaba de pisarla. Ella conservó la serenidad hasta la tercera vez que él aterrizó sobre su pie; fue entonces cuando no pudo reprimir una mueca de dolor.

Al parecer, el aristócrata advirtió que la había lastimado, porque se detuvo y comenzó a disculparse con efusividad.

—Querida, le ruego que perdone mi torpeza. Me temo que no puedo competir con estos jóvenes.

La señorita Fortin forzó una sonrisa.

—No tiene ninguna importancia, excelencia. Los pasos del vals son difíciles para mucha gente, es un baile muy novedoso. Quizá deberíamos dejar de intentarlo.

Dunmore accedió rápidamente y se hicieron a un lado, donde

estuvieron hablando hasta que acabó la pieza. Poco después, ella se excusó.

Cuando la joven se volvió en dirección a la casa, Jack se percató de que se esforzaba por ocultar su cojera. Aunque trataba de esconderlo, era evidente que le dolía el pie.

Con la clara idea de ayudarla, la siguió hasta el interior de la casa, donde la vio deslizarse por un pasillo y desaparecer por una puerta. Sintió curiosidad por saber lo que se proponía, y fue tras ella.

Jack se detuvo en el umbral y comprobó que la señorita Fortin había buscado refugio en la biblioteca. Habían dejado una luz encendida —sin duda, para comodidad de los invitados—, y Jack pudo observarla con claridad mientras ella se dejaba caer con elegancia en el sofá que estaba más próximo a la luz.

Luego se agachó, se levantó la falda hasta las rodillas y se quitó el zapato de baile y la media. Murmuró algo inaudible antes de retirarse la máscara, quizá para poder ver mejor mientras se examinaba los doloridos dedos.

Cuando esbozó otra mueca de dolor, Jack dio un paso adelante.

—¿Puedo ayudarla, señorita Fortin?

La joven se sobresaltó y lo observó con cautela mientras él cruzaba la sala en su dirección. Sin esperar a que ella accediera, Jack se arrodilló y le cogió el pie entre sus manos.

—Permítame —dijo él, ignorando la profunda inspiración femenina que provocó su atrevimiento.

En seguida vio que le sangraba el meñique.

—¿Le duele al doblarlo? —le preguntó, tocando el dedo con suavidad.

—Sí, pero no es insoportable.

—En ese caso, sólo es un golpe; no está roto —afirmó él—. Debería curarse en una semana aproximadamente. Confíe en mí,

le hablo por experiencia. Cuando era joven los caballos solían lastimarme los dedos muy a menudo con las pezuñas.

Cogió el extremo del fajín que llevaba anudado a la cintura, arrancó una tira de tela y utilizó el improvisado pañuelo para limpiarle la sangre del dedo.

—Puede envolverse la herida con este trozo de tela hasta que encuentre un vendaje apropiado.

—Gracias —murmuró ella.

Cuando percibió la genuina expresión de agradecimiento, Jack cometió el error de levantar la vista.

De inmediato, se dio cuenta de que tenía unos ojos increíbles. Luminosos y con unas largas pestañas. Eran de un tono azul oscuro, casi violeta.

«¿Qué clase de mujer tiene los ojos de color violeta?» pensó Jack, irritado, mientras se esforzaba por resistirse a su encanto. Ahora que estaba tan cerca de ella constataba que era mucho más encantadora de lo que había creído, y su cuerpo reaccionó en consecuencia. La punzada de deseo que lo recorrió fue la más poderosa que podía recordar.

Entonces, se dirigió a ella con una voz áspera, con el objetivo de defenderse:

—¿Por qué ha permitido que Dunmore le haya pisoteado el pie y la haya dejado medio coja? —le preguntó.

Ella parecía paralizada por su cercanía, y aquella pregunta la cogió por sorpresa.

—Lo cierto es que estaba siendo amable. Hubiera sido muy grosero por mi parte señalar sus faltas. Dunmore no puede evitar ser un bailarín espantoso. Algunas personas tienen la maldición de haber nacido con dos pies izquierdos.

—Supongo que su rango y su posición bastan para excusar millones de deficiencias —dijo Jack con ironía a fin de descubrir

sus verdaderas intenciones—. ¿No es ésa la principal causa de su compasión y la razón por la que quiere casarse con él?

La señorita Fortin se lo quedó mirando fijamente.

—En absoluto. En realidad, el duque es un hombre muy amable. No quería herir sus sentimientos.

Al recibir como respuesta el escéptico silencio de Jack, la joven entrecerró los ojos.

—¿Por qué le interesa? —Y viendo que él no contestaba, añadió—: ¿Quién es usted?

Jack se llevó la mano al rostro y se quitó la máscara.

—¡Usted! —exclamó, lo había reconocido al instante.

Por extraño que pudiera resultar, pareció aliviada al descubrir su identidad en vez de mostrarse inquieta, tal como él había esperado. Entonces, se recostó contra el respaldo del sofá y lo observó con aire pensativo.

—¿Debo entender que me conoce? —le preguntó él.

—Todo el mundo conoce al licencioso lord Jack Wilde.

—Pero no nos han presentado, ¿verdad? Creo que la recordaría, señorita Fortin.

—No, no nos han presentado. Lo vi en el baile de los Perry a principios de la Temporada, pero usted no se fijó en mí.

—Soy incapaz de imaginar por qué —respondió él con sinceridad.

—Quizá fue porque yo vestía de blanco y usted huye de las debutantes como de la peste.

Él sonrió al escuchar aquella afirmación.

—Normalmente, sí.

—Yo también lo evité esa noche en particular porque me habían advertido sobre usted. —Cuando vio que él arqueaba una ceja, ella siguió explicándose—: Nuestras familias llevan tres generaciones enfrentadas, ¿recuerda?